

Evoca la Figura de Caruso un Amigo Cubano, Conocedor de su Repertorio

Veinte Mil Pesos por Cuarenta y Cinco Minutos de Canto. Un Juicio de Pancho Hermida

Por J. M. VALDES-RODRIGUEZ
Especial Para EL MUNDO

La pantalla ha quedado a oscuras después de alentar en ella durante dos horas "El Gran Caruso", maravilla de color y melodías, realizada por la Metro Goldwyn Mayer en memoria del eximio tenor italiano, máxima figura lírica de su tiempo.

La persona del extraordinario artista ha cobrado actualidad, con motivo de las presentaciones del film a teatro lleno y con un resultado económico que excede el millón y medio de dólares. Es como si el mítico don de que estuvo investido en vida el genial cantante alcanzara a la obra evocadora de su existencia. Como si el milagro de limpidez y tersura, de armonía y lírica belleza, siguiera promoviendo áureas cosechas treinta años después de resonar su último eco en la escena del Metropolitan.

Convino en ello el doctor Fabián García Montero, al terminar la prueba privada de "El Gran Caruso" tras de afirmarnos la bondad del film que viene a ser expresión de la vida del cantante en la medida en que el "teatro y la vida no son la misma cosa", según reza la frase de "Payasos" citada con frecuencia por Caruso para indicar que la obra de arte escénico es un suceso de ficción, artificio que altera la realidad, la verdad individual y colectiva, a veces en sus características esenciales.

Y con ello Fabián García Montero, que tuvo con el gran cantante una amistad dilatada e íntima hasta el punto de ser permisible tenerlo por el criollo más amigo de Caruso, comienza, caldeados el ademán y la voz, a evocar la persona del hombre y del artista.

Hijo de gente de trabajo, humilde y sin medios materiales de vida, Enrico Caruso fué siempre, hasta el final, un simpatizador del pueblo. Por otra parte nunca perdió del todo cierta bonhomía que a veces lo hacía conducirse como un muchacho, pues más de tres décadas en los escenarios, medio adulterador, no lo

graron enturbiar la sencillez y la espontaneidad que lo distinguieron. Desde tal punto de vista la caracterización de Mario Lanza es radicalmente justa.

Es preciso señalar, por otra parte, viene a decirnos nuestro espontáneo y generoso entrevistado, que la voz de Mario Lanza recuerda mucho la de Caruso en los años mejores, antes de que el divino don lírico del máximo tenor del Metropolitan se adensara hasta cobrar calidades dramáticas en los graves y el registro medio, sobre todo.

Y Fabián García tiene autoridad para hablar, pues oyó a Caruso en todas sus obras, más de una vez, con excepción de "Lodolletta" y "El Profeta", cantadas en el Metropolitan durante un corto viaje de los doctores García, padre e hijo, a La Habana.

Para Fabián García las dos interpretaciones más señaladas de Caruso fueron "Payasos" y "La Hebrea". Y, tras de evocar con apasionado entusiasmo algunos granadísimos momentos del arte del egregio tenor, nos dice que de la labor en La Habana, en 1920, estima él como lo mejor "El Baile de Máscaras". Coincidió en ello, y aun coincide hoy, con Pancho Hermida, el crítico atinado, que afirmó en su crónica: "El Baile de Máscaras lo cantó Caruso como sólo él puede cantarlo". Y el doctor García Montero nos habla de Hermida, figura singular inserta en la "bohemia" pintada de mano maestra por Murger, y de las visitas que solía hacerle Caruso que tuvo verdadera amistad y estima por el periodista y crítico prestigioso.

Y como dato curioso diremos que el viaje de Caruso a La Habana quedó decidido por el Destino muchos años antes, bien al comienzo de la carrera del artista y sin que él lo imaginara siquiera. Sólo aquí vino a recordar el hecho, con cierta nostalgia de los años mozos, con un leve trémolo en la voz expresión de duda ante los signos indescifrables del "fatum". He aquí el hecho. Bracale, también al inicio de la actividad empresaria en la que tan alto habría de llegar, contrató a Caruso para cantar en Egipto. El precio era reducido y el tenor pidió un aumento. Al



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA

6

21

acceder, Bracale le demandó, la promesa, acaso un poco broma, de que si él lo necesitaba iría a cantar donde le dijera. Caruso aceptó. Treinta años después Bracale pidió al tenor, en el ápice de su carrera, que viniera a Cuba. Caruso cumplió. Para ello rompió un compromiso en San Francisco y pasó por sobre su temor al excesivo calor, del cual le habían hablado Orestes Ferrara y Guillermo Petriccioni, sus amigos desde los días trabajosos de la niñez en el Nápoles natal. Bracale le mandó por cable 90,000 dólares, acaso la cifra más alta anticipada a cantante alguno y enviada en esa forma. Del mismo modo que creemos sin igualar los 20 mil pesos cobrados por Caruso en Cienfuegos por cantar "Aida", no más de 45 minutos de trabajo personal.

Enrico Caruso fué un infatiga-

ble estudioso de su profesión. Ni un solo día dejó de entregarse durante largas horas a vocalizar con implacable rigor, porque tenía un respeto religioso por su arte y por el público. Temía que la falta de estudio y de ejercicio de la mecánica de la voz menguara sus facultades, o diera lugar a un accidente, infortunado. Por otra parte, dedicaba un largo tiempo al análisis de las características de sus personajes y los trabajaba agotadoramente. Por eso vivió largos meses en el barrio judío, para fijar las peculiaridades de su papel en "La Hebreá". Y no se limitaba a crear su personaje, precisado en todos sus matices, sino que estudiaba a fondo toda la obra incluidos los demás personajes y sus "pezzi". De ahí que pudiera cantar, en Filadelfia, la parte de Perelló de Seguroola mientras éste se recuperaba de un súbito ataque de tos; y que, en Buenos

Aires, al quedar afónico Tita Rufino, siguiera él la romanza interrumpida.

No es de extrañar, por tanto, que Mischa Elman afirmara que sólo con Caruso era posible imprimir un disco de un tirón, sin necesidad de repetir frases y pasajes faltos del acento demandado.

Caruso era, además, un hombre culto, fervorosamente interesado en las artes. Su capacidad como dibujante, ha sido reiteradamente mencionada, como ejem-

plo de la versatilidad y la fineza de su temperamento y su inteligencia privilegiados. Desde el punto de vista de su amor por las manifestaciones del espíritu y la sensibilidad recuerda a Charles Boyer. Con la diferencia de ser éste un hombre de formación académica, según creemos, en tanto que Enrico Caruso, hijo del pueblo, con una niñez más o menos desvalida en lo que a la formación ordenada y severa respecta, fué un autodidacto, hecho en la vida, en la observación voluntariosa de los hombres y la naturaleza. En su arte, en cambio, realizó Caruso un estudio académico dentro de la tradición clásica del "bel canto", pautada por cánones imprescriptibles.

Fabián García tiene incontables recuerdos de la cálida relación amical con el extraordinario cantante y hombre de arte. Hay un hecho por él rememorado con especial calor: el estreno en el Metropolitan de "The Girl of the Golden West", dirigida la orquesta por Puccini, con la presencia en primera fila de David Belasco, autor del libreto y rector del teatro norteamericano durante cerca de cuatro lustros. Y a continuación evoca este amigo leal una conversación con Caruso grabada de modo indeleble en lo mejor de su sensibilidad. El cantante se iba reponiendo del primer ataque del mal que habría de arrancarle la vida. Hizo una pausa en la conversación, pasó la mano sobre la cabeza de su pequeña hija Gloria que se empujaba hacia sus rodillas y musitó, en un trémolo desgarrado, cómo el pesar de abandonarla tan pequeña era su máxima angus-

ta personal. Y a continuación, ganado como siempre por el indeclinable fervor por su arte, afirmó que su mayor pena como artista era el saber que no llegaría a cantar "Tristán e Isolda" en el idioma original, según había hecho con todos los personajes de su repertorio.

¿Presintió Caruso alguna vez su fin doloroso, la pérdida de la voz y el esfuerzo casi inhumano para recuperarla en toda su prodigiosa integridad? Hacia 1916, casi cuatro años antes del irremediable mal, se puso en Broadway "The Music Master", de David Wardfield, drama de un cantante que pierde la voz. Caruso vió la pieza más de cincuenta veces. Y en cada ocasión consideró con angustia el tormento del hecho aniquilador y mortal.

Durante años hemos creído imposible la aparición de una voz y un arte del canto como los de Caruso. ¿Vendrá Mario Lanza a

reeditar la hazaña de belleza y de saber, de sensibilidad e inteligencia, que fué la vida del artista napolitano? En la pantalla parece un hecho el nuevo milagro lírico, pero el cine puede transmutar en gemas de luz aun los metales menos nobles. Mas no creemos ese el caso de Mario Lanza, acerca del cual hace elogios vivísimo gente autorizada. Y hay, por otra parte, el hecho elocuente e irrefutable de la manera de cantar, de la mecánica del canto, de Mario Lanza, apreciable con inequívoca claridad en la pantalla. Sobre todo en los close-ups y las vistas medias. ¿Le ha nacido al "bel canto", aquejado hoy de mediocridad como consecuencia de dotes de insuficientes, de prisas agostadoras y de falta de disciplina y rigor formativos, un nuevo prodigio? Esperémoslo.

M, ay 29/51



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

Caruso en Unión de Antiguos Amigos, Admiradores de su Arte



Aquí aparece Caruso en unión de la señora Corina Montero de García Santiago, señorita Corina García Montero y doctor Fabián García Montero. Desde 1903 ó 4, Caruso tuvo una amistad profunda con el doctor Pelayo García Santiago, prominente figura del foro y la política cubanos, apasionado entusiasta del "bel canto", especialmente de la ópera, y admirador decidido de Caruso que había conocido en New York por medio del doctor Orestes Ferrara, su socio de bufete, y del señor Guillermo Petriccioni, su amigo. La noche en que Caruso sufrió, en Brooklyn, el primer ataque de su grave mal, se trasladó al teatro en el automóvil de Pelayo García Santiago y acompañado por familiares de éste.

Momento del Arribo de Caruso a La Habana



He aquí un momento de la llegada de Enrico Caruso a La Habana. De izquierda a derecha, aparecen en la foto los señores: Ignacio Weber, Arturo Primelles, López Goldarás, Pelayo García Santiago, Enrico Caruso, con el sombrero característico que lleva Lanza en el film, Alberto Ruiz, cronista social de EL MUNDO, Bracale, el famoso empresario, y el maestro Arturo Bovi.



PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA